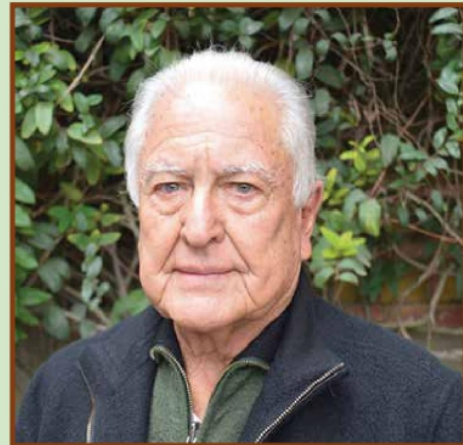


UN VISIONARIO DEL DESIERTO

UNA VIDA DEDICADA A CULTIVAR LA TIERRA



Ing. Rafael Quevedo Flores*

Por: José Miguel Cabrera

El ingeniero Rafael Quevedo Flores es presidente del directorio del grupo empresarial Rocío, líder de la producción y comercio hortofrutícola en el país. En 2003 recibió la Orden de la Ingeniería de parte del CIP y ha sido galardonado también con la Orden del Comendador de la Presidencia de la República y con la Medalla Ministerio de Agricultura por su valiosa contribución al agro peruano. En la siguiente entrevista nos relata su brillante historia de éxito, una vida de trabajo que empezó a fines de la década del sesenta con la crianza de pollos en una pequeña granja del desierto de La Libertad.

¿Cómo surge su vocación y de qué manera fue transformándose a través del tiempo?

Nací y crecí en una ciudad donde la naturaleza era parte del entorno cotidiano. De niño viví casi por un año en la hacienda de mis abuelos, La Victoria, donde mi padre era gerente; conocer las actividades agropecuarias tan de cerca debe haber

influido tempranamente en mi vocación, aunque esto haya ocurrido de manera subconsciente porque yo era muy chico para saber qué quería hacer en la vida. En Huamachuco, el ambiente era apacible y hermoso en la casa de mis abuelos maternos... una casona con muchas flores que mi madre cultivaba con cariño y dedicación.

¿Cómo fueron sus años en el colegio San Luis de Barranco y cómo era la vida cotidiana de la Lima de entonces?

Cursaba el quinto grado de la primaria cuando llegué al colegio San Luis de Barranco de los hermanos maristas, donde recibí una sólida formación en valores, matizada con mucho deporte, sobre todo el fútbol, que me gustaba mucho practicar. Años más tarde, junto a dos compañeros del colegio, Lucho García Corrochano e Ildefonso Coloma, nos recibimos como ingenieros agrónomos de la Promoción 58ª en la Universidad Agraria La Molina.

* Ingeniero Agrónomo por la UNALM, exministro de Agricultura y fundador del Grupo Rocío.



Campos de arándanos de la Cia. Hortifrut Perú en el distrito de Chao, Trujillo.

Recuerdo con mucha claridad que en la ciudad había muy poco tráfico y me movilizaba en el tranvía que iba de Chorrillos a la Colmena. En el verano las puertas de las casas permanecían abiertas y los vecinos salían a sus jardines a compartir conversaciones y juegos en familia.

Vivía en el barrio conocido como Tejada, y con mis amigos paseábamos en bote en la laguna del Parque Confraternidad, donde también funcionaba el zoológico, o íbamos caminando a la playa a través de la Bajada de los Baños.

¿Cuáles fueron sus primeros trabajos una vez que culminó su carrera?

Tuve la suerte de trabajar en el Fundo Victoria, donde pude aplicar los conocimientos adquiridos en La Molina, construyendo canales de irrigación, cultivando cereales y leguminosas, criando ganado y, posteriormente, iniciando un cultivo de paltos. Recuerdo que tuve que llevar los plantones desde Trujillo hasta el fundo, que estaba ubicado en la ribera del río Maraón; muy buena parte del transporte la hice en camión hasta un lugar llamado Molino Viejo y luego en acémilas, ya que no existía una carretera para llegar.

Cuéntenos aquella anécdota sobre su tema de tesis en la que el capricho del azar jugó un papel decisivo en lo que sería su futuro profesional.

Resulta que el doctor Antonio Bacigalupo, nuestro gran y querido maestro, nos propuso al hoy doctor Sergio Rojas Montoya y a mí revisar un trabajo de investigación de engorde de ganado que aceptamos gustosos. Se contactó con dos empresas ganaderas de Junín para que nos proveyeran de los toros para empezar esta investigación; pero, lamentablemente, el ganado destinado para el trabajo de mi investigación nunca fue enviado. Fue entonces cuando el doctor me convenció de hacer un trabajo de investigación en pollos, usando raciones de alta energía, labor que acepté con agrado.

En principio, el tiempo de duración de la investigación iba a ser de siete semanas, mucho más corto que el trabajo de engorde del ganado, pero el doctor Bacigalupo me hizo repetir el experimento varias veces, extendiendo la investigación cerca de un año. Recuerdo también con mucho agradecimiento al ingeniero Luis García Corrochano, compañero de colegio y colega de profesión, quien fue de mucha ayuda en esta investigación, llevándome en su automóvil a la universidad y apoyándome en este arduo trabajo.

¿Qué asuntos considera que han quedado postergados, inconclusos o que aún aspira alcanzar en su desarrollo profesional?

No tengo asuntos que hayan quedado postergados o inconclusos, ya que siempre el equipo humano que me acompañó y que ahora conduce la empresa está innovando constantemente, utilizando la tecnología a nuestro alcance. Ya en los últimos años tengo la bendición de Dios que nuestros hijos, los ingenieros Rafael, Rocío y Ulises Quevedo Berastain, y los excelentes ejecutivos que los acompañan, están llevando adelante nuestro grupo.

¿Cómo fueron sus avatares iniciales como microempresario en la crianza de aves y cómo surge la idea de hacerlo en el desierto costero de La Libertad?

El 13 de marzo de 1967 junto con mi esposa, Gladys Berastain, iniciamos la aventura de ser pequeños empresarios y empezamos nuestro trabajo empresarial criando 2000 pollos por mes. Anteriormente yo había trabajado con el Sr. Luis Almendáriz Dulanto, encargándome en su empresa del desarrollo de la avicultura, donde tuve la oportunidad de implementar una de las primeras integraciones avícolas del país: crianza de reproductoras, planta de incubación, planta de alimentos, crianza de aves y comercialización.



Ing. Rafael Quevedo Flores como empresario avícola en granja Mochan, Trujillo.

¿Cómo logró capear el temporal durante la Reforma Agraria y qué experiencias le dejó esa época?

En el año 1968 se promulgó la Ley de Reforma Agraria que cambió drásticamente a la agricultura y ganadería nacional. Fue un tiempo muy difícil para desarrollar empresas, ya que no se contaba con financiamiento ni apoyo que pudiesen apuntalar algún emprendimiento. Al haber sido expropiadas todas las tierras cultivables del Perú fue muy difícil seguir la experiencia aprendida a partir de ese momento, porque no había la disponibilidad para conseguir tierras. Así, nos vimos en la necesidad de migrar al desierto y aprender a trabajar en esas condiciones bastante difíciles y diferentes a los valles tradicionales. La experiencia aprendida en ese momento fue que ante los problemas que se presentan uno no se debe amilanar. Hay que hacerles frente, y ese es el momento donde tienes que aplicar todo el conocimiento y experiencia acumulados.

¿Qué innovaciones técnicas impulsaron el desarrollo de esta crianza de aves y qué influencias o aprendizajes de otras personas fueron determinantes al respecto?

En esa época, los avicultores compraban el alimento balanceado a los molinos. Apliqué la investigación realizada en mi tesis y la experiencia adquirida en El Socorro y comencé a preparar mi propio alimento. Con la ayuda de mi socio, Oscar Pérez Reyes, quien fabricó una pequeña mezcladora, comenzamos la preparación del alimento balanceado, dando origen a la integración vertical de mi emprendimiento.

En ese tiempo debido a un huaico se interrumpieron las vías de comunicación y no me fue posible abastecerme de viruta, que usábamos como cama en los galpones de pollitos. La necesidad me llevó a la utilización de arena en la crianza. Luego de realizar un estudio microbiológico y descartar la carga bacteriana en la arena, comencé a incorporarla en los galpones como sustituto de la viruta por su gran capacidad de absorber la humedad. Sin embargo, me encontré con el problema que los pollitos se morían al comer las piedritas y la arena al no saber aún comer de un comedero. Fue entonces que recibí una de las mayores lecciones de vida y experiencia. Un colaborador me enseñó que había que colocar el



Con su hijo Ulises Quevedo Berastain y su nieto Rafael Quevedo Sturla en los campos de cultivo de arándanos.

alimento sobre papel, recuerdo que utilizamos bolsas de papel del azúcar. Haciendo un círculo debajo de la calefacción colocábamos las bolsas, el alimento y los pollitos, generando dos efectos: uno con la temperatura adecuada, y otro con el alimento. Luego de unos días, al abrir el círculo notábamos que el pollito ya había aprendido a comer el alimento balanceado y no comía más arena. Por eso es tan importante conversar con los colaboradores, porque su conocimiento ancestral y sus dones a uno le enseñan mucho. Al terminar con éxito dicha experiencia decidí que en adelante no iba a llevar más arena a los galpones, sino más bien llevaría los galpones a la arena.

¿Cómo surge la idea del uso del compost o humus para darle vida al desierto?

Tenía los conocimientos básicos aprendidos en La Molina sobre el uso de materia orgánica en los cultivos. Además, con el Dr. Pedro Cisneros, excelente profesional, amigo e hijo del Dr. Fausto Cisneros, compañero de promoción, realizamos varias investigaciones usando diferentes niveles de materia orgánica en los arenales (90 % arena) con cultivo de maíz, que es muy exigente en nutrientes. Los resultados fueron muy buenos y nos dejó la enseñanza de la importancia de este producto sin el cual sería casi imposible llevar adelante la agricultura en el desierto.

Los jóvenes ingenieros que empiezan a trabajar enfrentan una realidad distinta a la que usted vivió en las décadas del cincuenta, sesenta y setenta. ¿Qué recomendaciones les daría?

Es muy importante el uso de investigación y la tecnología. Hoy en día los avances tan grandes son de mucha ayuda en la evaluación y seguimiento de las operaciones. Sin embargo, considero que es imprescindible adaptar esta tecnología a cada realidad ya que las condiciones son muy distintas en cada zona geográfica. Una de las cosas que el Dr. Antonio Bacigalupo nos enseñó fue a investigar y siempre analizar; así fuimos formados en La Molina. “Al lugar que fueres haz lo que vieres, pero no para que te quedes haciendo solo eso, sino para aplicar lo aprendido en las aulas y, de preferencia, utilizar los materiales e insumos de la zona”, nos decían.

¿Cómo definiría su visión dentro del desarrollo profesional que ha tenido todos estos años?

Es una visión de desarrollo de la agricultura en el país para convertirla en una actividad de primera línea, líder en innovación y productividad, y vía de generación de bienestar y progreso.

¿Qué valores se mantienen inalterables y considera usted como cruciales para desempeñar con éxito su labor profesional?

Tenacidad, perseverancia, fortaleza, curiosidad continua de aprendizaje, saber compartir conocimientos, experiencias y, por supuesto, compartir también los beneficios obtenidos.

¿Cómo ve el avance de la integración de los mercados de la región con la Alianza del Pacífico?

Es una gran oportunidad para, en conjunto, conquistar los mercados del Asia y del mundo, aprovechando las fortalezas que hay en los diferentes países, generando sinergias y complementariedad de las diferentes actividades agrícolas.

Usted menciona el concepto de asociatividad para lograr grandes cosas en el contexto que vivimos. ¿Podría ampliar este concepto?

Los emprendimientos agrícolas necesitan una escala mínima para tener menores costos de producción

Entrevista

y ser más competitivos. La asociatividad en los jóvenes que deseen ser empresarios es fundamental para alcanzar economías de escala y reducir sus costos fijos. La asociatividad acorta los tiempos para generar un tamaño adecuado y tener la posibilidad de competir exitosamente en los mercados nacionales e internacionales.

¿Cómo fue surgiendo la idea de impulsar el riego por goteo (y el riego tecnificado) y la producción de productos como la palta y el arándano?

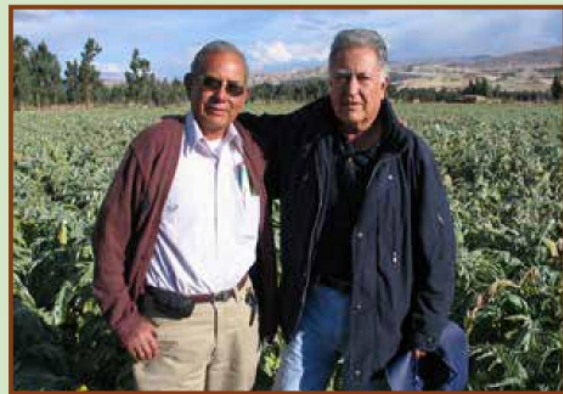


El Ing. Rafael Quevedo Flores y su esposa, Gladys Berastain de Quevedo, en un campo de cultivo de arándanos en el fundo Armonía, distrito de Chao, Trujillo.

El riego por goteo (presurizado) nació de la necesidad de trabajar las arenas del desierto. Este método ya estaba siendo usado en el desierto de Israel. Pude conseguir que me aceptaran en el Kibutz Hatzerim, donde aprendí el valor de esta tecnología y a mi retorno al país lo pude implementar en el desierto liberteño.

Nosotros estábamos desarrollando avicultura en el desierto cuando nació el proyecto de irrigación Chavimochic y tuvimos la oportunidad de comprar las tierras donde estaban ubicadas las granjas avícolas.

Conociendo la importancia de la materia orgánica y el potencial acuífero de la zona, pudimos perforar pozos de agua subterránea. Teníamos el agua para las aves y la producción



Emprendimiento de un campo de alcahofas en Huancayo Sr. Faustino Ballarta e Ing. Rafael Quevedo Flores.

de materia orgánica de los galpones, con ello pudimos hacer este círculo virtuoso y emprender con éxito el cultivo de espárrago, que se complementó con la instalación de una planta de procesos que nos permitió comenzar a exportar a España y Alemania. Posteriormente, en años siguientes, colaboré atendiendo a una comitiva de empresarios de California y de Chile que venían a conocer la zona para ver la posibilidad de cultivar paltos. Pude enseñarles las áreas que conocía con bastante detalle, les agradó la idea de desarrollar este cultivo y me propusieron hacer la sociedad solamente con los empresarios californianos, y así nació Avo Perú.

El arándano fue un emprendimiento que lo propuso y trajo a la empresa mi hijo, el ingeniero Ulises Quevedo, cultivo que realizamos con bastante prudencia, probando plantones de diferentes características para determinar cuáles se adecuaban mejor a nuestras condiciones de clima, arena y agua. Mi nieto y colega, el ingeniero Rafael Quevedo Sturla (profesional egresado de la Universidad Agraria La Molina, quien se recibió el mismo día que yo cumplí 50 años como profesional), complementó este emprendimiento y se hizo cargo de la gerencia agrícola. Eso nos permitió alcanzar productividad y una calidad muy alta que ha sido aceptada plenamente por los mercados internacionales.

Usted empezó con una pequeña empresa junto a su esposa y una persona más, el año pasado sus empresas tuvieron veinte mil trabajadores. ¿Cuáles cree que han sido algunos de los factores clave para este extraordinario crecimiento y desarrollo?

No siempre es un camino plagado de rosas, a lo largo del tiempo hemos tenido tanto altas como bajas. Lo más importante siempre es volver a levantarse, aprender de los errores, hacer los ajustes, dar nuevas oportunidades y confianza a tus colaboradores, pues el trabajo en equipo es fundamental.

Una golondrina no hace un verano, pero el conjunto de ellas indica la llegada de esta estación. Una persona no hace una empresa, es el equipo humano que lo conforma el que logra las metas. “La agricultura es la más noble de todas las profesiones, porque desde la cultura del suelo se crea la cultura del entendimiento”, dijo Abraham Lincoln, y es este el pensamiento que me acompaña siempre.



Ings. César Muro, Rafael Quevedo Flores y David Chávez en la Planta de Alimentos Balanceados, en Trujillo.

¿Cuál cree que puede ser el impacto de la COVID-19 en nuestra industria alimentaria y cómo podría reconfigurarse la realidad de esta industria para salvar esta difícil situación?

El impacto lo vamos a tener en el frente interno y externo. Es muy importante establecer y respetar

los parámetros sanitarios para lograr la fluidez de la cadena productiva. Tenemos que diseñar nuevas formas de convivencia y adecuarnos a una nueva forma de trabajo. A nivel interno, observamos ya un retroceso en la demanda que impacta directamente a los volúmenes de producción. A nivel externo será imprescindible que se mantengan los mercados externos abiertos, ser muy estrictos respetando los parámetros sanitarios y analizar si dicha demanda externa puede sostenerse en los mismos niveles que teníamos antes de la pandemia.

Por otro lado, se ha visto un regreso masivo de migrantes de Lima a sus ciudades y pueblos de origen en busca del alimento que les da su propia tierra.

Sí. Vemos la fuerza que hay en ello, habría que pensar proyectos para que realmente sea atractivo para los jóvenes quedarse a vivir en su zona, que resulte interesante trabajar en la agricultura, y ahí es donde entra a tallar la importancia de la tecnología.

Además, en la cadena de valor del producto agrícola –desde la producción en el campo hasta la ciudad– tenemos que corregir el eslabón de la comercialización, porque es un punto en el que definitivamente no hay justicia. Estamos hablando de la pequeña agricultura que produce el sesenta por ciento de la necesidad alimentaria del país, donde hay una distribución malsana. Se necesita de una mejor infraestructura para que el agricultor pueda llegar directamente a los mercados, lo cual le permitiría formalizarse y de esa manera generar mayor riqueza.

Escalonadamente se debe lograr que se conviertan en buenos productores y pagarles precios justos, y si es que estos agricultores se asocian, van a tener más capacidad de negociación para llegar a los centros de consumo.